

Al público

José Mármol

Siempre que los hombres o las cosas me fuerzan a escribir algo sobre mi persona, me hallo en conflicto, violentado. Esa es la situación en la que hoy me encuentro. Pero es necesario, y no puedo menos que trazar estas líneas.

El Sr. Redactor del Nacional ha tenido a bien escribir un artículo en su número del viernes, estableciendo comparaciones entre los candidatos que ofrecían resistencias en uno u otro club electoral.

Todo lo que este sistema tiene de odioso siempre, y de inconveniente y peligroso en las actuales circunstancias de nuestro país, es de comprenderse fácilmente por el buen sentido de cualquiera.

Sin embargo, por mi parte, en el paralelo que establece aquel diario entre el Sr. Vélez-Sarsfield y mi persona, yo iré más adelante que el Sr. Redactor del Nacional, asegurando que, si hubiera asistido a un club de aquellos en que han sonado los nombres del Sr. Vélez-Sarsfield y el mío, yo habría rogado a mis amigos que sacrificasen mi candidatura en obsequio del Sr. Vélez: tal es el sentimiento que me anima por el brillo de la tribuna de mi país, y la alta idea que he tenido siempre de la capacidad de este literato. Conozco ese talento y sé apreciarlo; como conozco y sé apreciar el talento del Redactor del Nacional, en su gaceta, en sus Rimas y en el prólogo de esas Rimas, que hace dos años leo al tiempo de acostarme.

Pero lo que rechazo de un puntapié es la idea vertida en ese artículo, de que soy uno de tantos a quien el pueblo de Buenos Aires puede rehabilitar con el sufragio popular.

Si el pueblo de Buenos Aires me hiciera el honor de elegirme para representar sus derechos, y al hacerlo creyese con ese acto regalarme una rehabilitación, yo tendría el sentimiento de volverle su condecoración cívica, diciéndole que guardase sus actos de generosidad para los que han engañado su confianza, y ensangrentado la tierra por sus ambiciones de círculo o por su ignorancia en los negocios públicos.

¿Rehabilitación! ¿Y de qué? ¿De haber sido el único que sacrificó la poca o mucha popularidad con que volví a mi país, antes que sacrificar la verdad y las conveniencias del pueblo de Buenos Aires?

¿Rehabilitación! ¿Y por qué? ¿Por haber sido el primero que declaró una necesidad lo que después (pero tras la sangre y los desengaños) el pueblo en su opinión, la sala en su Constitución, el Gobierno en sus actos, la prensa en sus palinodias, han confesado también ser una necesidad de Buenos Aires?

¿Es por algo de esto que tengo que rehabilitarme?

¿Es acaso por no haber querido interpretar el crimen en la conciencia de nuestros enemigos, y por honor mismo de la Patria Argentina, haber querido buscar en las cosas y en los tiempos la causa de desgracias que otros se empeñaban en buscar en la voluntad de los hombres?

¿O tengo que rehabilitarme por no haber vuelto a mi patria, después de Caseros, hidrópico de rencores, de viejos y dañinos odios, de viejos y dañinos hábitos en el exclusivismo y la ambición?

¿O tengo que rehabilitarme por no haber contribuido a extender la dictadura de uno en la dictadura de diez?

¿O tengo que rehabilitarme por haber preferido el silencio en tanto tiempo a la triste misión de venir a arrancar la careta del saber con que está disfrazada la insuficiencia a la faz de un pueblo que sólo su robustez y su entusiasmo lo llevan adelante, porque nada hacen por él que pueda llamarse grande o serio, después que con la sangre de sus venas reparó los daños que otros le trajeron, y conquistó su paz y su independencia?

¿Es de algo de esto que tengo que rehabilitarme?

¿O es acaso porque no tuve un fusil en las trincheras? Pero, ¿hay alguno que ignore que la calumnia, el insulto, el pasquín, la amenaza, armas prohibidas de que echan mano los cobardes y los traidores, me obligaron a dejar el país envuelto en la guerra a que lo habían conducido la petulancia y las debilidades de algunos?

No. El pueblo de Buenos Aires tiene mejor sentido que el que se le quiere suponer. Y si he tomado la pluma para trazar estas líneas es por enseñar a los que abusan innoblemente de su posición, que, si jamás busco la guerra, no por eso canonizo la paz eternamente.

Cuando estas palabras vean la luz pública, yo estaré entrando al puerto de Montevideo.

Dejo el campo libre. Pero pronto estaré de vuelta y seré buen amigo o buen enemigo: como quieran.

Buenos Aires, abril 29 de 1854.